

# A veces prosa El rumano maldito

Adolfo Castañón

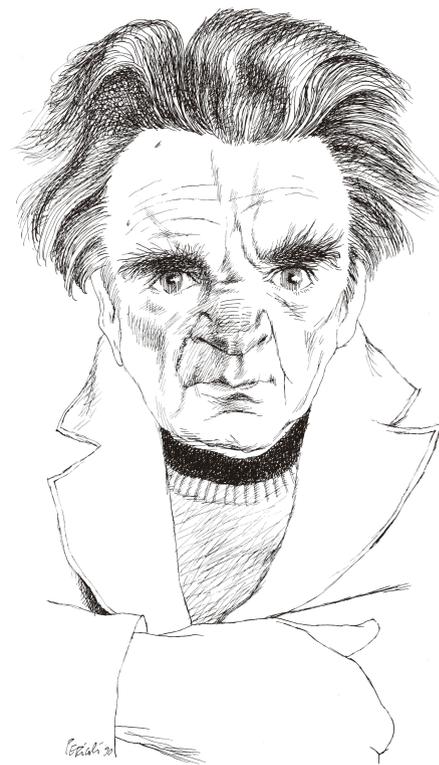
El primer libro de E.M. Cioran que tuve entre las manos fue *Précis de décomposition* (*Breviario de podredumbre*, 1949), tapa roja y negra en la colección Idées de Gallimard. Lo compré, apenas veinte años después de editado por primera vez en París, en 1969, en la librería de El Palacio de Hierro Durango que se encontraba —lo juro— en la planta baja. Más que leerlo, diría yo que lo bebí y saboreé como una mala buena leche nutricia y que, durante años, se me transformó entre las manos en una brújula y en un manual —se llamaba precisamente *Précis*, con voz de clínicas resonancias—, de buenas y malas maneras intelectuales o de peores y mejores modales. Parecía hecho para el adolescente que se creía furioso y nihilista, y que se reflejaba en el espejo con cara de bobo perplejo. No estaba al parecer de moda, y eran pocos los que lo conocían: Octavio Paz, que lo había tratado en París en los alrededores de Gallimard; Salvador Elizondo —que lo citó como epígrafe de su novela *Farabeuf*—; y Esther Seligson, que lo guardaba debajo de la almohada como quien esconde un gusano ciego y gozoso, y no sólo lo traducía sino que sabía deslizarse con insidiosa travesura sentencias del rumano maldito sobre la alfombra de la conversación como si fuesen de ella.

Émile Cioran —una suerte de anti-*Emilio* de J.J. Rousseau— traía la prosa corrosiva de los que estaban hartos del banquete mucho antes de que éste diera comienzo: Cioran era y es uno de esos autores que, al ponerse la mente en blanco, surgen en el trasfondo como el espacio acústico de un teléfono en suspenso a la espera de conexión. Chamfort, La Rochefoucauld, Pascal, Epicteto, Santa Teresa —junto con María Zambrano, una de las raras presencias femeninas, ambas poderosas damas de España

presentes en su obra— abrieron sus surcos en mí gracias al arado de este pensador que sólo le resulta inclasificable a quien no lo ha sabido reconocer como una voz relampagueante caída en plena modernidad desde las alturas proféticas del Antiguo Testamento. No en balde el modesto hijo del Pope y perteneciente a una familia de sacerdotes ortodoxos en Rumania —isla latina a la deriva en un mar eslavo— se identificaba de joven con el mismísimo ahijado esenio de Juan el Bautista.

Junto a él había otro rumano que me llamaba a través de la distancia, Mircea Eliade, cuya voz pausada y grave, voz hospitalaria de fumador desvelado por lo sagrado —al igual que la de Krishnamurti—, me traía a la memoria la de los graves maestros de otras épocas: la figura del recluso de Sils-Maria, Federico Nietzsche, y la carcajada wagneriana de Zarathustra se dibujaban por aquel rumbo entre auroral y crepuscular. Pero Cioran estaba más cerca de lo que yo pensaba. Mis pronto queridos y pronto vueltos a querer José Luis Rivas, Héctor Subirats —los pilotos de la revista libertaria bautizada *Caos*, la nave botada por el anarco-catalán Ricardo Mestre Ventura— no sólo lo habían leído, sino que incluso se habían llegado a tomar una foto con él en su legendaria buhardilla de la Rue Odéon, en París.

Gracias al “Savata”, como le decíamos a Fernando Savater, ese otro “hombre murciélago”, el travieso anarco-español admirador de los hermanos Marx, Cioran, la oveja negra disidente del Pope ortodoxo, había sido traducido, editado y comentado en español. (Queda por documentar hasta qué punto el discurso corrosivo de Cioran vertido por Savater, Seligson y otros formó parte de la levadura crítica que germinó en la España de la transición y del



E.M. Cioran visto por Tullio Pericoli

destape y en las Américas marginales y posteriores al *boom*).

Fernando Savater, y desde luego su cortejo y legión hechos época, contrajo a Cioran como quien cae víctima de una enfermedad crónica, ¿o habría que decir anacrónica salud?, en aquella España tardo-franquista, y se puso a traducir —es decir a imitar y a apropiarse en el sentido fuerte y clásico de la palabra— al descendiente del archimandrita ortodoxo que se había decidido no sólo a salir de la glamourosa Bucarest donde conversaba animadamente con Petre Tutea, una suerte de Jorge Cuesta rumano, sino a transformarse en un escritor extraterritorial, para citar a contrapelo a George Steiner —a quien le hace tan poca gracia este tráfuga de la ortodoxia en un *out-cast*, un apátrida para asentarse y echar raíces en ese idioma-cero que puede ser el francés —lo fue así, por ejemplo, poco antes para el irlandés Samuel Beckett. Cioran así entra de lleno al torrente sanguíneo de la nueva cultura hispanoamericana y transatlántica, de la que Savater, Rivas y Subirats eran para mí estandartes y pregoneros.

“Tengo dos amores... París y mi país”: a Cioran no se le puede aplicar la frase del brasileño Alberto Santos Dumont (1873-1932), uno de los padres de la aviación mundial, voz que fue popularizada como lema de una canción por la sensual Josephine Baker,

luego célebre por su amor a los perros callejeros (a diferencia de Cioran a quien las mascotas le daban asco) y quien cantaba y se derretía y fundía en un solo oscuro susurro. Al parecer, el sentencioso aforista ni se enamoró de Rumania, su tierra nativa, ni quedó cautivo de París —su ciudad madrastra, pero adoptiva—, ni siquiera del amor más que muy tardíamente (como se desprende de la intensa correspondencia que sostuvo a partir de 1979 con la profesora alemana Friedgard Thoma, autora de *Para nada en el mundo*), sino en todo caso de la región más vasta de la solitaria Europa del Este y de una abrasadora, desgarradora lucidez al estilo de Sören Kierkegaard enamorado de las heridas de Occam y de las llagas indomables de las voces proféticas del Antiguo Testamento, de esa letra de fuego con que el insomnio y la lectura iban tatuándolo piel adentro. De su minimalismo intelectual y ético sólo encuentro un antecedente precursor en las aéreas figuras metálicas —qué casualidad— de otro rumano, Constantin Brancusi, cuyos árboles y pájaros han alcanzado los cielos más altos... en los precios de las subastas.

A semejanza de lo que antes sucedió con Martin Heidegger y con Mircea Eliade, un puñado de investigadores —como Ilinca Zaripofol-Johnston<sup>1</sup> o Martha Petreu, tan

<sup>1</sup> Ilinca Zaripofol-Johnston, *Searching for Cioran*, editado por Kenneth R. Johnston, prefacio de Matei Calinescu, Indiana University Press, Bloomington, 2009, incluye algunos de los artículos publicados por Cioran durante su visita a la Alemania nazi, en 1934.

bien citada por Christopher Domínguez— fueron a buscar lo más o menos obvio, y a hurgar debajo de la mesa para encontrar lo que ya se sabía: una prehistoria juvenil seducida por el totalitarismo. No maravilla entonces que Cioran viera a Clío como algo abominable, y a la historia, universal y regional como una nauseabunda tentación. Hay que recordar que, de un lado, algunos años antes, el immaculado Nikos Kazantzakis (1883-1957) había ido a dar testimonio *hic et nunc, in situ* de la tragedia de la España que se suicidó en la Guerra Civil, como dice María Zambrano, y, del otro, que los jóvenes rumanos de la generación de Ionesco, Eliade y Cioran leyeron con “temor y temblor” la obra de los místicos españoles y de Miguel de Unamuno.

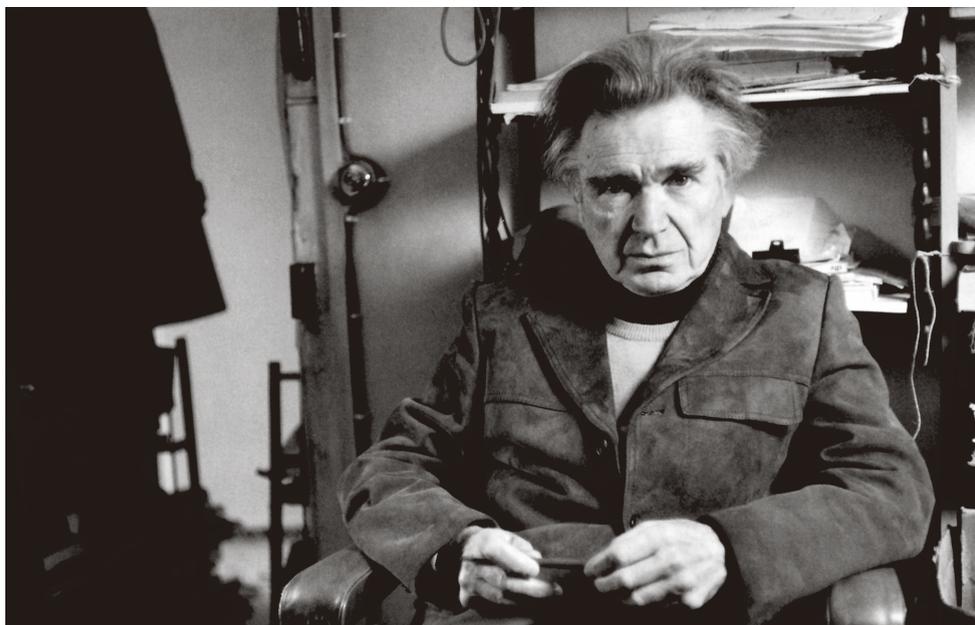
Apartado en su buhardilla como un Padre del Desierto, reacio a los concursos y a los premios, al margen de los grandes discursos redentores, pero provisto de un olfato literario que le permitía sentir de lejos a quien le olían mal los pies del verso, Cioran supo fraguar con las cenizas de la fe y de la esperanza revocadas frases de platino y libros de esmeralda, inspirados, si se puede decir así, en la imposibilidad de la inspiración y en la imposibilidad de imaginar al otro que en él deseaba al otro, al prójimo, al semejante fraterno. Además de inventar un idioma y de crear una obra memorable y sentenciosa, capaz de codearse con Oséas y Jeremías, con Isaías, Rumí o Rivarol, E.M. Cioran fue capaz de dar un nuevo aliento a la figura del escritor pordiosero

que puede decirlo todo porque no le debe nada a nadie, para citar esa voz con que Roland Barthes saludó al místico energúmeno Léon Bloy.

Alguna vez le preguntaron a Cioran si era “racista”: “Sí, dijo, pero de la raza humana”. No era un juego de palabras. “Los espejos y la cópula son abominables porque multiplican a los hombres”, advierte J.L. Borges. Ese recelo ya no por lo demasiado humano sino por la demasiada humanidad lo traía Cioran en los bolsillos, al alcance de la mano. No era zurdo. No escribía de derecha a izquierda, se hacía el que no sabía griego. Escribía mucho, destruía o abandonaba casi todo lo escrito o iniciado. Tal vez eso explique el hecho de que, al morir él en un asilo de ancianos, luego de cuatro o cinco años de maltratos a manos del inasible doctor Alzheimer, y luego su abnegada viuda y editora Simone Boué que lo seguiría poco después de terminada la tarea editorial, la anticuaria, a quien la dueña de la buhardilla donde vivieron, le vendió las cajas y cajas de manuscritos inéditos, interrumpidos, borradores, “tentaciones de existir”, se descubriera a sí misma dueña de un tesoro de manuscritos no publicados y acaso impublicables, y que son como una bomba de tiempo en el mercado de valores literarios (o de la literatura como una marca registrada: los manuscritos valen aproximadamente medio millón de euros).<sup>2</sup> Así, Cioran, el invitado incómodo, el agente explosivo que incluso después de muerto aparece como un “aciago demiurgo” —al menos de los editores—, como un profeta cripto-gnóstico o un anti-profeta sufi que anuncia al nuevo Adán que ya se perfila en el horizonte y que avanza con paso trastabillante hacia el tartamutismo integral antes de zozobrar definitivamente en la inanidad —el silencio, como dice Álvaro de Mattos, es algo que hay que merecer.

Irónicamente, Cioran, dulce como un cardo, está llamado a perdurar con su corona de erizos por el sencillo motivo de que sus razones blasfemas pero exactas son tan perfectas que suenan a bendición en medio de la granizada de la estulticia. **U**

<sup>2</sup> Antonio Jiménez Barca, “Cioran salvado por la anticuaria”, *El País*, domingo 21 de diciembre de 2008.



E.M. Cioran en una fotografía de Henri Cartier-Bresson